

Taikun juntos, se condolieron del estado del país; el primero no quitaba la vista de los extranjeros; pero, en sus discursos oficiales, parecía comprender las dificultades de la expulsion, é indicaba que esta cuestion se aplazaria para cuando el Taikun se sintiese fuerte para resolverla. El Shogun recibia plenos poderes á este efecto; pero, sin contrariar al Emperador, nada prometia de presente; se libraban órdenes para exaltar el patriotismo, y se acordaba castigar al Príncipe de Chóshiu por su actitud contra los extranjeros. Seguramente estos no comprendian por entónces esta política, porque pedian explicaciones en notas diplomáticas colectivas. El desenlace habia de venir á demostrar que todo esto era simplemente una lucha de habilidad y de contemporizaciones entre dos poderes que se temian, que se respetaban y que pretendian cosas incompatibles.

Entretanto el Príncipe de Chóshiu era una bandera á cuyo derredor se reunian todos los descontentos. El partido anti-extranjero volvió á tener un centro en este magnate poderoso y en su territorio; creia ó esperaba que solo temporalmente habia perdido á Kioto y al Emperador. En 1864 varias partidas armadas se dirijieron hácia la capital para pedir humildemente al Mikado que volviera á su gracia al Príncipe, y que indultara á los funcionarios desterrados. El Emperador, bajo la influencia de sus nuevos consejeros, se rehusó á escuchar á los que se atrevian á sonar tambores y llevar banderas en las goteras de la ciudad sagrada. Pero ¿cómo hacer retirar á hombres resueltos que no creian venir á atacar al soberano, sino antes bien, á libertarlo del partido que lo rodeaba y le imponia ideas que no eran las suyas? Los peticionarios avanzaron sobre Kioto y fué inevitable un combate. El mismo sagrado Palacio llegó á ser invadido por los rebeldes, y hubo un momento en que parecieron triunfadores; gran parte de la ciudad fué incendiada; veintisiete mil casas fueron presa del fuego, entre ellas, diez y ocho palacios de los nobles de la Corte, cuarenta y cuatro *yashiki* (residencias señoriales) de los dáimios, y ciento setenta templos, grandes y chicos, de Shinto y de Budha. Al fin los invasores fueron rechazados y batidos despues fuera de la ciudad. Hitótsu-Bashi y los Príncipes de Aidsu y de Satsuma fueron los héroes de la jornada.

Simultáneamente la causa del Príncipe de Chóshiu sufría otro reves. La escuadrilla aliada de los extranjeros, dirigiéndose al territorio del

Príncipe para reprimir nuevas hostilidades, efectuaba un desembarco y destruia los elementos de guerra del temible dáimio. La necesidad de resistir este ataque, le habia impedido marchar personalmente sobre la capital; él y los suyos sucumbieron á fuerzas superiores; triunfaba el Shogun y triunfaban los extranjeros, es decir, triunfaba la causa de éstos. El Príncipe hubo de conocer su impotencia y, como habia sucedido anteriormente con el de Satsuma, transijió con los «intrusos,» y se vió obligado á pagarles una fuerte indemnizacion. Solo conservó su actitud hostil contra el Gobierno del Taikun; pero el gran cambio de política que pronto debia verificarse en el Japon, puso un feliz término á esta guerra civil.

A pesar de estas victorias, y no obstante la preponderancia que habian alcanzado el Taikun y su partido, era insostenible la posicion del Gobierno de Yedo entre las exigencias de los enviados diplomáticos y las resistencias y planes del Emperador. Mientras este no sancionara los tratados, la nacion, ó mejor dicho, los dáimios y los guerreros estarian siempre dispuestos á combatir con ese pretexto el poder del Taikun. Las relaciones que este habia establecido con los «bárbaros» habian sido el estribo en que se apoyaron para pensar en la restauracion del poder del Mikado y en la destruccion del usurpador, á quien los nobles comenzaban á ver como un dáimio igual á ellos, y que no tenia derecho para dominarlos. El Shogun tenia que estar engañando al Emperador, y que estar engañando á los extranjeros, y que estar desplegando la fuerza y la astucia contra los que, en aquellas circunstancias, creian representar la opinion nacional. Esta política no es ni conveniente ni posible, al ménos por un tiempo prolongado, en ningun país del mundo; y se hizo preciso dar un paso decisivo para definir la situacion.

A mediados del año de 1865 el Taikun, acompañado por la mayor parte de sus ministros, marchó para Kioto. Allí expuso al Emperador el estado de los negocios con las naciones extranjeras, y le urgió por la aprobacion de los tratados. Hitótsu-Bashi y otros personajes influyentes unieron sus esfuerzos á los del Taikun. Poco tiempo despues la escuadrilla aliada, procedente de Yokohama y trayendo á su bordo á los ministros de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Holanda, llegó á Hiogo, puerto frente á la ciudad de Osaka, que está á poca distancia de la capital. Era la intencion de los diplomáticos que la gente de la Corte viera

de cerca el poder de los buques de guerra, esperando que su contemplacion ejercería una saludable influencia sobre ella y sobre el pueblo. El pretexto de acercase á aquellas aguas fué el de insistir con el Taikun y sus ministros, que allí se encontraban, sobre el despacho de los negocios pendientes, principalmente el de la aprobacion de los tratados; y así lo hicieron de un modo perentorio y sostenido. La presencia de los diplomáticos y de sus naves era un gran auxilio para el Taikun; el terreno estaba preparado; las exterioridades eran imponentes; y el patrono de la causa de la civilizacion pudo hablar de una manera muy explícita.

En la exposicion que el Shogun dirigió al Emperador se leian frases como estas: «Es ley natural é inevitable que los pueblos se enriquezcan y se hagan fuertes mutuamente, cambiando sus productos.—Abstenernos de relaciones exteriores, es demostrar un espíritu tímido y degenerado que lastima el poder y la dignidad del Imperio.—No puedo dar cumplimiento á vuestra orden de expulsion, porque nuestro pueblo no está preparado para luchar contra la superioridad de los extranjeros.—Me han notificado que si yo no arreglo estos negocios, vendrán ellos mismos á vuestro Palacio, á exigirlos de Vuestra Magestad.—Nuestra nacion se arruinará y sucumbirá ante una guerra extranjera.—No escuchéis las voces de la multitud, sino consultad vuestra propia sabiduría.»

Si se tiene presente cuales eran las ideas de aislamiento que durante muchos siglos habian predominado en el Japon; si se recuerda cual era el profundo respeto que se tenia al Emperador y como se le hablaba; cuales eran sus ideas, repetidas veces expresadas, contra los extranjeros; cual el desprecio de la Corte respecto de los «intrusos, feos, bárbaros;» y cual la delicada posicion del Taikun en medio de las actuales agitaciones políticas del país, no podrá menos de comprenderse que el lenguaje de este funcionario envolvía, no solo una íntima conviccion de la imposibilidad de romper con los extranjeros, sino la confianza de que la actitud de éstos y los hechos consumados habian producido ya una revolucion en los espíritus, aún cuando todavia no apareciese en las manifestaciones.

El Mikado no pudo ya resistir. En el mes de Noviembre de 1865, esto es, diez años despues de que habian sido celebrados y estaban en observancia los primeros tratados, el soberano legítimo del país los ratificó.

Esta ratificacion ponía virtualmente fin á la guerra contra los extranjeros. Habria en lo sucesivo algunos fanáticos que recurriesen al asesinato, impulsados por esa exaltacion que ciertas ideas arraigadas producen en cerebros débiles; habria aquí y allá algunos pequeños grupos de los que, refractarios á todo progreso, se rezagan y quedan como petrificados con las ideas que adquirieron en su juventud; habria, en fin, en las conciencias y en los corazones esas luchas tan silenciosas como crueles entre un afecto consentido y una razon emancipada; pero no habria guerra nacional contra los hombres de Occidente, porque el Mikado, el semi-dios, el espíritu del pueblo japonés, los aceptaba. Y ese pueblo, que ya habia sido bastante perspicaz para comprender la superioridad de los nuevos hombres, y bastante humilde y sincero para confesarla, desplegaría en lo sucesivo por deber, por subordinacion á su Gobierno y á sus leyes y por la conviccion del bien que alcanzaba, toda la benevolencia, toda la docilidad, todo el buen juicio y el espíritu de orden que le son característicos.

En diez años habia quedado consumada la revolucion contra una vida internacional de veinte siglos. Permanecía solamente en pié la cuestion política que tenia dividida á la nacion entre el Mikado y el Taikun.

En Setiembre de 1866 murió el Shogun Yyé-Mochi, y le sucedió, como gefe de la familia Toku-Gawa, el Príncipe Hitótsu-Bashi, quien desde entónces figura en la historia con el nombre de Toku-Gawa-Kéiki ó solo de Kéiki, y recibió en Enero de 1867 la investidura de Taikun en la ciudad de Kioto. (\*) Durante el tiempo de la vacante, se acentuó mucho la idea de abolir el Shogunado y de restituir todo el poder al Emperador, viniendo el principal movimiento en este sentido de los dáimios del Oeste, acaudillados por los Príncipes de Satsuma y Tosa, de acuerdo ya con el de Chóshiu, que habia depuesto las armas por la mediacion de algunos nobles. El mismo Kéiki, previendo quizá el próximo fin de aquella institucion, vaciló en aceptar el cargo, y solo cedió, segun es presumible, á las exigencias de su partido, que teniendo anti-guos y grandes intereses creados conexos con la institucion del Taikuna-

(\*) Los japoneses usan su nombre particular despues del de su familia, y así el último Shogun tiene Kéiki por nombre particular, siendo Toku-Gawa el de la familia. Sin embargo, algunos escriben hoy sus nombres como los occidentales, y entre otros el Ministro de la Educacion Pública, quien se firma Fuyimaro Tanaka, siendo Tanaka el nombre de su familia.

do, no queria ver llegar el momento de una reforma que los atropellaba.

En situaciones de esta especie es difícil, casi imposible, que se opere un cambio sin que la lucha se lleve hasta el extremo. Los partidarios del Taikunado eran en aquellos momentos dueños de Kioto: habian ganado su causa en favor de los extranjeros, habian vencido á Chóshiu, el Emperador estaba por entónces con ellos, y por consiguiente no era su situacion la de ceder, y sí se creian fuertes para luchar. La institucion del Shogunado se salvó, pues, por lo pronto.

El nuevo Taikun no abandonó á Kioto, estrechó sus relaciones con los ministros extranjeros, amplió los tratados, abrió al comercio el puerto de Hiogo próximo á la capital y restableció la paz. En una palabra, aunque muy transitoriamente, brilló con todo el antiguo poder de sus predecesores.

El Mikado Komei murió de viruelas en los primeros dias de Febradel mismo año de 1867. Su hijo Mutso-Hito, el actual Emperador y jóven entónces de 15 años, subió al trono, y por su corta edad, se le nombró un tutor ó Regente.

Aunque este acontecimiento parecia ser y efectivamente era favorable al Taikun, porque el Regente era de su partido, sin embargo, los dáimios, que en su mayor parte habian tomado ya una actitud resuelta contra el Shogunado y que por un momento sacudian su sumision al Emperador que era un niño, insistieron en su plan de abolicion. Esta vez se dirigieron por medio de exposiciones razonadas al Mikado y al Taikun, manifestando la necesidad y conveniencia de que hubiera un solo Gobierno central; de que la nacion, para prosperar en el interior y el exterior, tomase por modelo á las de Europa; y que la abolicion del Taikunado significaba realmente la abolicion del poder militar, cuya época habia pasado. Señalaban al mismo tiempo la inminencia de una guerra civil, que solo podria evitarse con el patriotismo de todos, y con devolver el poder al que todas las clases sociales consideraban como el soberano legítimo

El Shogun Hitótsu-Bashi ó Kéiki, que era hombre de espíritu elevado y de sinceras y rectas intenciones, no desmintió en esta ocasion su conducta anterior. Con una abnegacion que lo honra, presentó su abdicacion ante el Mikado y pidió que se convocase en Kioto á los dáimios y

demas dignatarios para que resolviesen sobre la futura organizacion del Gobierno.

El Emperador aceptó la abdicacion y ordenó convocar á los dáimios, encargando entretanto á Kéiki que continuase ejerciendo la autoridad que



S. M. MUTSU HITO, EMPERADOR DEL JAPON.  
NACIÓ EL 22 DE SETIEMBRE DE 1852. SE CORONÓ EL 23 DE AGOSTO DE 1868.

fuese necesaria, principalmente en lo relativo á los negocios extranjeros. ¡Parecia esta una lucha de generosidad que prometia alejar la guerra!

Tan halagüeña perspectiva no pudo, sin embargo, realizarse gracias á la impaciencia de los enemigos del Shogunado, que quizá desconfiaban de la sinceridad de Kéiki. El 3 de Enero de 1868 los Príncipes de Sat-